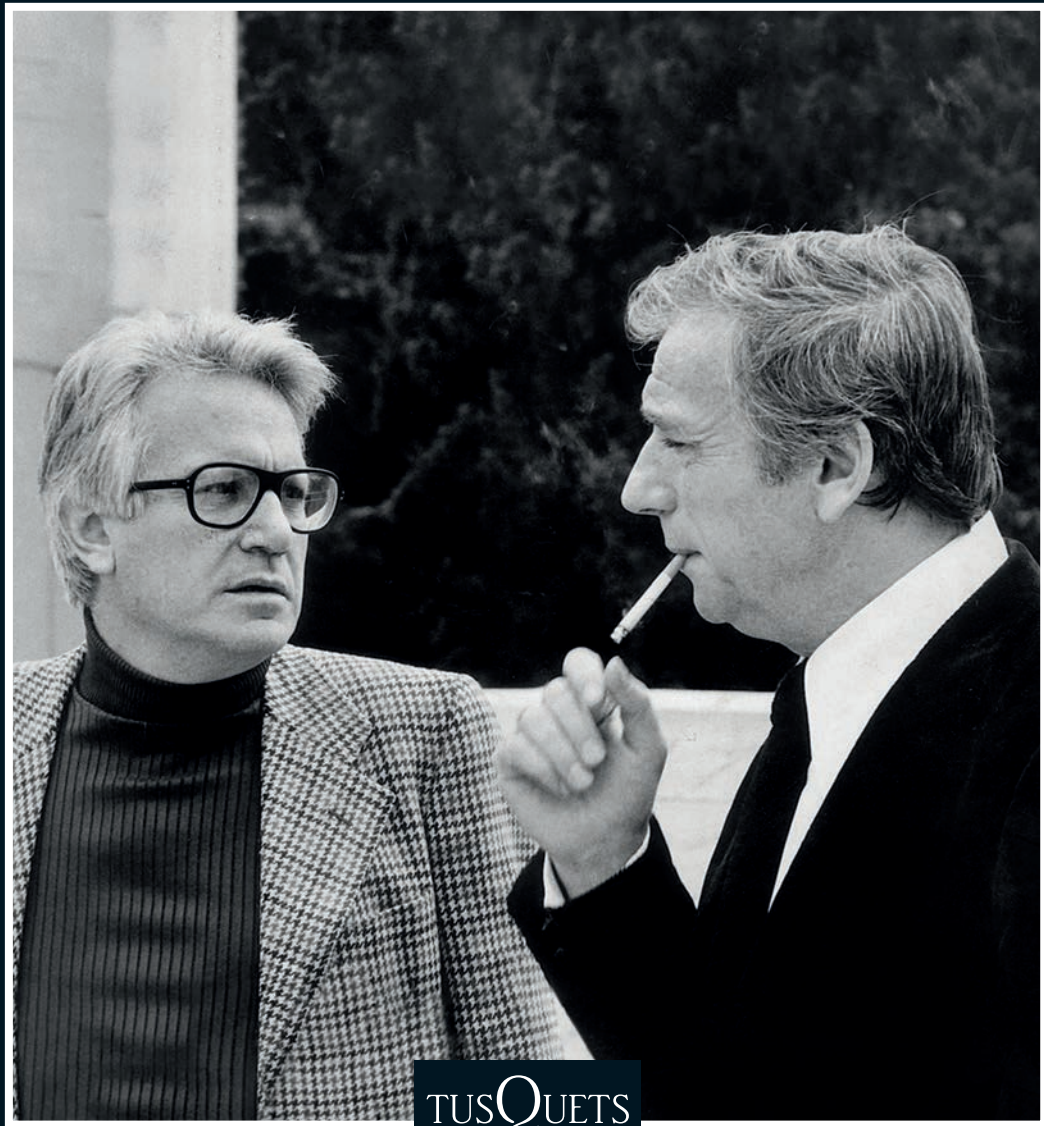


Patrick Rotman

IVO Y JORGE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

PATRICK ROTMAN
IVO Y JORGE

Traducción de Núria Viver Barri

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Ivo & Jorge*

1.ª edición: mayo de 2022

© Grasset & Fasquelle, 2021

© de la traducción: Núria Viver Barri, 2022
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-125-3
Depósito legal: B. 5.689-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Prólogo	11
1.	19
2.	35
3.	45
4.	55
5.	63
6.	73
7.	85
8.	97
9.	109
10.	119
11.	131
12.	147
13.	161
14.	169
15.	183
16.	199
17.	211
18.	227
19.	239
20.	255
21.	267
22.	279
Epílogo	293
Créditos de las canciones	297

Se ha quedado inmóvil delante de la placa esculpida en la pared.

Con una sonrisa imperceptible en la comisura de los labios, Jorge Semprún contempla la efigie de su abuelo. Se acerca al perfil barbudo de un anciano grabado en el mármol blanco, rodeado de una corona de cobre que parece una aureola.

—Vivía en esta calle. Poseía un palacete en el que estuve alguna vez. Ahora está destruido, pero se ha conservado la biblioteca. En aquella época, esta calle se llamaba calle de la Lealtad. Hoy lleva su nombre: Antonio Maura.

Desde la mañana, Jorge hace de guía por este barrio elegante de Madrid, un cuadrilátero de calles que alinean, entre el Parque del Retiro y el paseo del Prado, suntuosos inmuebles y bonitas tiendas. La suavidad del aire, en este mes de septiembre de 1995, hace todavía más agradable este paseo, que se parece a un retorno a los orígenes de una vida. Allí, en aquel oasis de armonía y lujo, Jorge de Semprún Maura vivió los trece primeros años de su existencia.

Desciende por la calle Antonio Maura con paso lento, puntuado por paradas frecuentes que le permiten contar la historia de su abuelo. El joven Antonio, nacido a mediados del siglo XIX en una familia pobre de la isla de Mallorca,

consiguió un ascenso social espectacular. Tras escapar de la pellejería familiar, llegó a Madrid a los quince años para seguir unos estudios científicos. El joven provinciano que habla castellano con un fuerte acento es objeto de las burlas de sus compañeros de clase, retoños de familias adineradas. Aislado y perdido en la capital, Antonio Maura se reorienta hacia unos estudios de derecho. En cuanto obtiene el diploma, entra en un bufete de abogados que dirige Miguel Gámazo, con cuya hermana se casa. De esta unión, nacerán diez hijos. La última niña, Susana, será la madre de Jorge. Mientras lo cuenta, Semprún acompaña las frases con incesantes movimientos de las manos que forman arabescos.

El éxito de Antonio Maura es sorprendente. Una vez metido en política, figura del partido conservador pero partidario de reformas, Alfonso XIII lo elige cinco veces en un cuarto de siglo para el puesto de presidente del Consejo. La política es un gen familiar.

Unos pasos más y Jorge se detiene delante de un magnífico inmueble. Con el brazo extendido, me señala el número 12, trazado en hierro forjado encima de una hermosa puerta de estilo *art déco*, formada también por motivos rectangulares metálicos.

—¡Aquí es!

En el cuarto y último piso, vivía la familia Semprún Maura. Jorge, de ordinario muy locuaz, se calla como si se encontrara delante de un santuario que dudara en profanar.

Susana, décima hija de Antonio Maura, conoce en 1918 a José María de Semprún y Gurrea, procedente de una familia aristocrática de terratenientes. El futuro padre de Jorge cursó estudios jurídicos para ser abogado antes de convertirse en profesor de Filosofía del Derecho en la universidad.

De la unión entre Susana Maura y José de Semprún, nacen siete hijos en ocho años, cinco varones y dos niñas. Jorge es el cuarto, nacido en diciembre de 1923.

Después de una larga meditación silenciosa, se decide a entrar en el inmueble del número 12 de la calle Alfonso XI. El vestíbulo y el ascensor poseen el encanto anticuado del lujo de antaño. En el cuarto piso, Jorge se detiene delante de la única puerta del rellano, de madera rara en tono caoba. Acaricia con la punta de los dedos una mirilla circular de cobre labrado a través de la cual, de niño, observaba a los visitantes, poniéndose de puntillas. La puerta se abre a un largo pasillo en L que da a una sucesión de habitaciones. A medida que avanza con un paso que se ha vuelto vacilante por una sorda emoción que, como de costumbre, oculta detrás de observaciones irónicas, Jorge indica la disposición de los lugares tal como la recuerda, sorprendentemente precisa a pesar de los decenios transcurridos.

Por orden, se suceden cuatro habitaciones, un comedor, la biblioteca transformada más tarde en dormitorio para los tres varones mayores, que Jorge compartía con sus hermanos Gonzalo y Álvaro, una habitación acondicionada como aula de estudio con una pizarra y el dormitorio de los padres situado en la intersección de la L. A continuación, después del codo del pasillo, se alinean cuatro habitaciones más, cuartos de baño. La numerosa servidumbre se aloja en otra parte de la vivienda a la que se llega por un largo pasillo. Más lejos, la cocina y el *office*, de donde proceden los ecos de animadas discusiones y, a veces, de canciones. En estos trescientos metros cuadrados, viven al menos una docena de personas. Como el salario de profesor de José de Semprún no es suficiente, Antonio Maura, al menos hasta su muerte, es el que asegura el fastuoso tren de vida de la familia.

Susana y José de Semprún salen varias veces a la semana,

cenan en la ciudad y asisten a espectáculos. Cuando se marchan, vestidos con elegantes trajes de noche, saludan a los niños, que cenan juntos, vigilados por las institutrices. Más tarde por la noche, el joven Jorge, al que despierta el ruido del ascensor, observa, por el intersticio de la puerta de su dormitorio, el regreso tardío de sus padres. El niño sigue con la mirada a su madre, que, con su vestido de noche, se aleja por el pasillo interminable, con aspecto de laberinto.

A José de Semprún le gustan los buenos coches. Ha tenido un De Dion-Bouton y después un Oldsmobile descapotable rojo con neumáticos de flancos blancos, bajo cuyo largo capó ruge un potente motor que maravilla a los mecánicos de las gasolineras. Más tarde, José de Semprún compra un modelo rutilante de Hispano-Suiza de calandra maciza. En verano, para huir del calor madrileño, los padres llevan a los siete niños a Santander. Pasan tres meses de vacaciones en un suntuoso chalé cuyo jardín oloroso rebosa de azaleas y hortensias de vivos colores. La terraza domina el mar. Los retoños Semprún solo tienen que dar algunos pasos para ir a bañarse a la playa del Sardinero, abajo.

—Todo ha cambiado, entraron a robar en la casa después de nuestra partida precipitada en 1936; las estanterías, los libros y los muebles desaparecieron.

Acodado en el balcón de su antigua habitación, Jorge contempla a unos metros el inmueble del otro lado de la calzada, en el número 9 de la calle Alfonso XI. Con uno de sus guiños irónicos que tanto le gustan, me confía que allí es donde se encuentra el apartamento oficial atribuido en 1988 a Jorge Semprún, nombrado ministro de Cultura en el Gobierno de Felipe González. Más de medio siglo después, se encuentra en la calle y el barrio de su infancia. En esta facha-

da vertiginosa, se inserta una vida entera, asociada a las convulsiones del siglo. Desde su vivienda de ministro, Jorge Semprún, cuando llega a la cima de los honores y el reconocimiento, puede observar desde la ventana, por encima de las copas de los árboles, el fantasma del muchacho que fue, el joven de antaño. Arrastrado por un inquietante vértigo existencial, se convierte en espectador de su propia vida.

—El círculo se había cerrado. Al regresar aquí, volví al origen de mi existencia.

Esta extraordinaria coincidencia topográfica solo puede ocurrirle a un hombre entusiasta de las concordancias de tiempo, siempre en busca de esos hilos invisibles que trazan, en el paisaje movedizo de la memoria, los lugares, las fechas y los seres humanos. Toda la obra de Jorge Semprún está impregnada de esas casualidades que encuentra en la agenda oculta de sus recuerdos y que relaciona entre sí con la maestría de un mago.

Esta vez, no es culpa suya.

Los dos hombres descienden del coche aparcado delante de una iglesia marsellesa de fachada austera. Se meten en la calle Edgar-Quinet. En esta mañana de diciembre de 1982, Montand muestra a Semprún el inmueble del número 20, donde vivió con su familia a mediados de la década de 1920, cuando todavía se llamaba Ivo Livi. Unos años en los que se difuminaba la frontera entre la miseria y la pobreza.

Jorge Semprún quería llevar a cabo aquel retorno a las fuentes. Montand, más reticente, había acabado por aceptar un peregrinaje que no había efectuado desde hacía decenios. Esta mañana de invierno, constata que, en más de medio siglo, no ha cambiado nada. El barrio desfavorecido sigue rezumando tristeza, incluso desesperanza. La fachada del in-

mueble donde vivieron los Livi, estrecha y grisácea, corroída por la lepra de las piedras, está rayada por los cables que penden en todos los sentidos.

—En mi infancia, no teníamos electricidad. Todavía nos alumbrábamos con lámparas de aceite —observa Montand.

Los dos hombres avanzan a paso lento. Montand recuerda, con sus gestos meridionales y su vehemencia habitual, las veladas de verano, cuando se sacaban las sillas a las aceras estrechas y las conversaciones animadas en tres o cuatro lenguas, italiano, español, armenio y, a veces, francés, se fundían en una algarabía continua, cuyo eco ensordecedor ascendía hasta el tercero, donde el joven Ivo buscaba el sueño delante de la ventana abierta a la tufarada nocturna.

Aparte de los dos hombres, la callejuela vacía parece abandonada, excepto por un gato perezoso que se calienta al sol tímido. Con el brazo, Montand indica una estación de clasificación al final del atajo del *bachas* por el que pasan los dos hombres. Antaño, en la época en que los Livi vivían en la calle Edgar-Quinet, se extendía, donde ahora están las vías férreas, un terreno vago, el *bachas*, atravesado por el *bian*, una cloaca a cielo abierto que acarrea un agua de color de plomo, repleta de inmundicias. El *bachas*, con sus montículos de basuras, servía de terreno de aventura y juego a los niños del barrio. El joven Ivo no se quedaba atrás, esgrimiendo un trozo de chatarra amenazadora en la mano, a la hora de jugar a vaqueros a caballo de un neumático usado, entre los residuos abandonados, los muebles desmontados y las cajas desfondadas. Al anoecer, en el *bachas*, cuando las tinieblas se extendían, resonaban gritos de espanto, ruidos misteriosos que lo convertían en una zona prohibida, un lugar de perdición.

Pero Montand no tiene tiempo de recordar el *bachas*.

Allí arriba, en el inmueble que se encuentra frente al habitado antaño por los Livi, ha aparecido una mujer en la

ventana. Ha reconocido al artista a pesar del pobre disfraz, la gorra que siempre lleva por la calle. Lo llama: «¡Montand! ¡Montand!». Y después más fuerte: «Ha vuelto».

El grito recorre las fachadas apagadas. «Montand está aquí.» Las ventanas se abren. Aparecen otras mujeres. La calle vacía se anima de repente. Montand mira de reojo hacia Semprún, que ha comprendido la invitación. El artista acelera su paso elástico tan particular que da la impresión de un deslizamiento de patinador por encima de la calzada. Antes de que el motín irrumpa en el apacible barrio de las Crottes,* que se ha ganado a pulso su nombre, las portezuelas se cierran y el coche arranca.

Hemos subido por la calle Juan de Mena antes de entrar en el Parque del Retiro por el paseo de las Estatuas, bordeado por la hilera de los reyes visigodos paralizados en una inmovilidad granítica. Mientras caminamos, Jorge evoca el recuerdo de la visita a Marsella, al barrio de las Crottes, unos doce años antes. Por supuesto, le pregunto si hizo, en la Marsella de Montand, el mismo tipo de peregrinaje que efectuamos en este momento en el Madrid de Semprún. Sonríe mientras señala las hileras de árboles que delimitan el césped impecable, los bosquecillos frondosos y los parterres de flores.

—¡Era nuestro *bachas!*

Desde el apartamento de la calle Alfonso XI, los niños Semprún Maura solo tienen que recorrer unos pasos para desaparecer por las avenidas del Retiro, que no están muy lejos de considerar como su jardín privado, el «sol verde de mi memoria», según Jorge. Para él, cada lugar del parque está

* Crotte significa «caca». (*N. de la T.*)

cargado de recuerdos de infancia: las placitas delimitadas por árboles que sirven de poste de portería, donde jugaba al fútbol con los hijos de la burguesía, la casa de fieras del Retiro, húmeda por los riegos que atraen a los mosquitos y a los niños Semprún, fascinados por los viejos leones dormidos, el lago artificial del Estanque, a la sombra del monumento grandilocuente dedicado a Alfonso XII, al que José de Semprún lleva a su prole a pasear en barca los días de fiesta. Solo la ironía tajante de Jorge permite comparar este paraíso infantil con la cloaca del barrio de las Crottes.

—¡Era nuestro *bachas!*

Los Livi están eternamente agradecidos a Gaston Doumergue. Gracias a un decreto del presidente de la República, se convierten en franceses en enero de 1929. Para Giovanni, el padre de familia, adquirir la nacionalidad francesa constituye un gran orgullo y el final de un largo camino. Tuvo que huir de la Italia de los fascis mussolinianos, amenazado de muerte por su propio cuñado, el tío Gigi. El hermano de su mujer, Giuseppina, era el jefe de los fascistas locales de este pequeño rincón de la Toscana, donde los Livi cultivan la tierra desde hace generaciones. Giovanni se afilió desde su fundación al Partido Comunista Italiano y creó la sección local de Monsummano Alto. El enfrentamiento político e ideológico entre los rojos y los pardos desgarró a la familia.

Una noche, al regresar a su casa, tres hombres que lo esperan en la oscuridad dan una paliza a Giovanni Livi. Este tipo de agresiones es frecuente en la Italia de después de la Primera Guerra Mundial, presa de las convulsiones revolucionarias. Giovanni no tiene demasiadas dudas sobre el responsable del ataque, su cuñado Gigi, que no deja de amonestar a su hermana para que abandone a ese rojo sanguinario.

Unas semanas más tarde, arde en llamas una cabaña contigua a la casa de los Livi, en plena noche. El fuego se propaga hacia las habitaciones. Giovanni, Giuseppina y los tres niños, el último de los cuales, Ivo, se agarra a los brazos de su madre, consiguen escapar. Los incendiarios han dejado su firma: «Muerte a los comunistas».

Este drama es la base del trauma original de la familia Livi. Durante decenios el tío Gigi será considerado la encarnación del mal en una concepción del mundo dividido en dos donde se enfrentan, en un combate perpetuo, los buenos y los malos.

Después del incendio de la casa, que parece una última advertencia, Giovanni prefiere marcharse en lugar de someterse al orden pardo. La epopeya del padre que cruza a pie los Alpes para llegar a Marsella en enero de 1924 alimenta la leyenda familiar. Los tres niños, Lydia, la mayor, Julien e Ivo, el pequeño, conservan una admiración sin límites por ese padre perseguido por sus convicciones. La existencia de Montand estará impregnada por el combate de Giovanni contra la opresión y la humillación. Esta fidelidad a sus orígenes, al compromiso paterno, lo amordazará durante largo tiempo en una estrecha camisa de fuerza política, manifestación pública de un afecto filial ilimitado.

Poco después de la naturalización, la familia Livi abandonó las Crottes y el *bachas*. Giovanni encontró una casucha de alquiler en el número 7 del pasaje de los Mûriers, en el barrio de La Cabucelle. La chabola, un poco destartada, tiene cuatro habitaciones pequeñas e incluso un minúsculo jardín de la anchura de un pasillo. Por sencilla que sea, la nueva vivienda tiene, para los recién emigrados, el sabor de la felicidad. El pasaje es un modesto callejón no asfaltado por donde circula un agua cenagosa en la que chapotean los niños. Detrás de la casa, se extiende un terreno amplio hasta

una placita donde se encuentra un bar de barrio, el café de los Mûriers. Casi un siglo más tarde, el restaurante de los Mûriers, de apariencia modesta, perpetúa el nombre.

El enclave protegido del pasaje de los Mûriers está rodeado de fábricas e industrias: los mataderos coronados por una torre de ladrillo rojo, la chimenea del horno donde arden las basuras, una fábrica de tratamiento del plomo, conserveras y, un poco más abajo, las refinerías de la Générale Sucrière. La Cabucelle es un barrio obrero donde los inmigrantes italianos, armenios y españoles proporcionan la mano de obra. En el cielo nunca realmente azul, flota una nube pegajosa, formada por humos pestilentes, emanaciones polvorientas y brumas industriales.

El pequeño Ivo frecuenta la escuela municipal del bulevar Viala. Pero es incapaz de permanecer sentado en una silla escuchando al anciano maestro, que le explica las reglas de la multiplicación o las concordancias del participio pasado. No retiene nada, no hace ningún esfuerzo. En clase, abonado a la última fila, su mente vuela lejos de la pizarra.

Montand conservará durante toda su vida el complejo de no haber estudiado. De adulto, aprenderá solo la gramática y la ortografía en viejos manuales e intentará llenar sus lagunas abisales mediante una bulimia voluntaria de lector autodidacta. Para él, la injusticia fundamental, la fuente de la desigualdad se encuentra ahí, en la posibilidad y la capacidad de aprender. Una vez famoso, Montand buscará la compañía de artistas e intelectuales, cuyo saber le fascina. La atracción que siente por Jorge Semprún, en los albores de la década de 1960, encontrará, en parte, su fuente en la admiración por la extraordinaria cultura del escritor, nunca ostentosa, siempre «a flor de palabras».

El joven Jorge no frecuenta la escuela. Como sus numerosos hermanos y hermanas, aprende en casa, en el número 12 de la calle Alfonso XI, en la habitación transformada en sala de estudio. A los más pequeños, la madre, Susana, entusiasta de los métodos pedagógicos modernos, es la que les enseña a leer y escribir. Después, cuando los niños crecen, toman el relevo los preceptores. Un maestro los inicia en la historia, el latín, la biología y las matemáticas, que Jorge detesta.

José de Semprún, con su larga silueta, un rostro de perfil agudo, casi demacrado y gafas de montura de concha, se dedica a la literatura. Escribe poemas que declama a sus hijos a cualquier hora del día. Incluso publica algunas recopilaciones de poesía. Esta inclinación sin duda transmitirá a su hijo Jorge su gusto inmoderado por los versos, que será capaz de recitar en español, en francés o en alemán.

En esta educación a domicilio, se da prioridad al aprendizaje de las lenguas y, en primer lugar, del alemán. Las sucesivas institutrices que dirigen esta numerosa casa son alemanas. Fräulein Kaltenbach y, más tarde, Fräulein Grabner hacen leer a los niños la gran novela de aventuras de Heidi. Vigilan la dicción y el acento tónico y, si es necesario, corrigen la pronunciación. Después, se pasa a la traducción. Incluso la vida cotidiana está regida en la lengua de Goethe.

«*Hände waschen! Zum Tisch!* ¡Lavaos las manos! ¡A comer!»

Un aprendizaje lingüístico que Jorge Semprún recuerda muy bien.

En La Cabucelle, el domingo de los proletarios es un día especial. Las sirenas de las fábricas que durante la semana perforan el silencio del alba se callan. Es el día del aseo. Toda la familia desfila por turno delante del fregadero de la cocina.

Giovanni se pone una camisa blanca y un viejo traje, vestigio de Italia. Por el bolsillo superior de la chaqueta oscura,

sobresale un bolígrafo, del que en realidad solo tiene el capuchón. Después, prepara con minuciosidad la *pastasciutta* según un ritual inmutable. Giuseppina a veces cocina uno de los pollos que cría, junto a los conejos, en una jaula al fondo del jardincito. Comida festiva cuyos restos preparados de maneras diversas se convertirán en la comida de los días siguientes.

Después del café, los hombres se reúnen en la plaza delante del café de los Mûriers para una partida de petanca, durante la cual arreglan el mundo. Ivo acompaña a su padre y escucha las conversaciones truculentas entre inmigrantes. Mientras tanto, las mujeres ordenan, limpian, lavan y planchan la ropa. Para ellas, el séptimo día es parecido a los demás.

El día del Señor en Madrid, José María de Semprún, católico practicante, lleva a toda su prole a misa. Los siete niños asisten al oficio de la iglesia de San Jerónimo, en la que se casó el rey Alfonso XIII. La iglesia está al lado del Museo del Prado. Además, casi todos los domingos, los Semprún pasan de la nave neogótica a las galerías del museo, poco frecuentadas.

José María de Semprún, gran aficionado a la pintura, embarca a sus hijos en una visita guiada y comentada durante la cual evita cuidadosamente los Rubens, cuyas mujeres desnudas de carnes generosas pueden perturbar a los jóvenes varones. Desde su infancia, la pintura en general y el Prado en particular penetran en la vida de Jorge Semprún. En todas las etapas madrileñas de su existencia, el museo será el epicentro.

—Podría contar toda mi vida a partir del Prado. El tiempo de la infancia, la época de la clandestinidad en la década de 1950 y la década de 1980 cuando fui ministro de Cultura.

Isabel II contempla, con aspecto arisco, *Las Meninas*, el famoso cuadro de Velázquez. La reina de Inglaterra masculla unas palabras para sí misma, ininteligibles para su guía, el ministro de Cultura español. Jorge Semprún, a unos pasos, observa a la reina, que, para esta visita al Prado, se ha puesto un abrigo ligero de color rosa. Lleva uno de esos sombreros que la caracterizan, del mismo color. La visita al Prado forma parte de esos rituales inmutables para los invitados del Gobierno español. En ese otoño de 1988, Jorge Semprún acompaña a la soberana en el recorrido reservado a los oficiales a través de las salas dedicadas al Greco, Goya y Velázquez.

Parada delante de *Las Meninas*, la reina pregunta si la tela ha sido restaurada, ya que parece en muy buen estado. Restaurada, no, pero sí remozada, precisa el director del Prado, al lado de su ministro de tutela, que le traduce las preguntas reales. La tela se ha limpiado y se le han devuelto sus colores de origen mediante un tratamiento especial, precisa el conservador principal.

Isabel II asiente con la cabeza, con el aire entendido de quien ya lo sabía. Jorge Semprún, ministro de Cultura, no hace ningún comentario.

En lo referente a la escuela, Ivo prefiere los novillos. Con su compinche Marius, Ivo baja por la tarde al muelle de la Joliette. Los dos chiquillos solo tienen que descender unos cientos de metros por los callejones tortuosos para encontrarse en medio del frenesí del puerto. Ensondecidos por los bramidos de las sirenas, los ruidos de los motores y los gritos de los estibadores, corren entre los fardos descargados, las montañas de fruta y las cajas amontonadas, de aromas exó-

ticos y olores a naranjas podridas. El italianito recién naturalizado observa los pesados buques que se hacen pequeños en el mar. Sueña con colarse a bordo. Sueña con partir. A América.

Ocho de diciembre de 1982. La sala de la Ópera Metropolitana de Nueva York está llena hasta lo alto de sus cinco pisos de palcos. En casi un siglo de existencia, el templo lírico más famoso del mundo nunca ha acogido a un «cantante de variedades». Montand rompe esta regla durante cinco noches. En la primera representación, los 4500 espectadores esperan que empiece el espectáculo cuando ven, en el momento en que las luces se atenúan, la silueta de Simone Signoret, que se desliza hasta su asiento. Los aplausos estallan, el rumor crece, el público se levanta. La ovación dura cinco minutos. En los bastidores, Montand, con el miedo en el estómago como raramente le ha ocurrido, espera. Por fin, se levanta el telón. Montand sale a escena. La sala se levanta de nuevo como un solo hombre. La *standing ovation* se prolonga, se eterniza. Durante diez o quince minutos, la inmensa nave devuelve el eco infinito de los aplausos.

Delante de un patio de butacas que lo aclama, delante de su amigo Semprún, testigo privilegiado de esta consagración, el artista, temblando con todo su ser, mezcla de nervios y emoción, intenta evitar que los estremecimientos de las piernas provoquen el baile de San Vito a su pantalón.

Después de medio siglo de espectáculo de variedades, al llegar a la cima de su carrera en este mítico escenario, el artista piensa en el chiquillo que soñaba con América, en el pequeño Ivo que nunca ha dejado de ser.

Por fin, la tormenta se calma y puede empezar su recital.

*Moi, je suis venu à pied, à pied
Doucement sans me presser...*

Cuando sube de sus escapadas portuarias, Ivo regresa al pasaje de los Mûriers, la chabola familiar. Giovanni, poco después de la mudanza, ha recuperado, un poco más arriba en el callejón, un cobertizo de planchas y chapas onduladas que ha convertido en una modesta fábrica de escobas. Ha instalado un horno para azufrar la paja. Toda la familia se moviliza en el efluvio amarillento que irrita los ojos y la garganta. Poco a poco, la pequeña empresa sale adelante. Giovanni ha comprado a crédito una máquina que aumenta la producción. Se endeuda con unos vecinos para encargar un vagón entero de paja de sorgo. En una época en la que el aspirador todavía no existe, la escoba parece tener días felices por delante.

Las consecuencias de la crisis económica posterior al crac bursátil de 1929 arruinan el negocio. Giovanni pierde dinero y no puede pagar sus deudas. Las escobas quiebran y la familia se queda a dos velas. A principios de la década de 1930, la crisis echa a los parados a la calle, se multiplican las marchas del hambre y se alargan las colas de espera delante de los comedores de beneficencia. Los Livi pasan de la pobreza a la miseria.

Los niños tienen que trabajar. Lydia, la hermana mayor, empieza a peinar a sus vecinas, Riri y Lulu, en un rincón del comedor. Corta bien el pelo y su clientela se amplía más allá del pasaje de los Mûriers. Con quince años, Julien, el hermano mayor de Ivo, encuentra un empleo en una taberna del puerto. Aporta su escasa paga a la casa. Ivo, el pequeño, deja la escuela sin lamentarlo mucho y va a trabajar a la fábrica. Lydia le encuentra un lugar con el marido de una clienta que tiene una fábrica de pasta. Ivo tiene once años, pero ya es mayor. Falsifican sus papeles para cumplir con la edad mínima requerida.

Durante diez horas al día, llena bolsas de pasta y limpia

los moldes. Al final de la primera semana, entrega con orgullo el sobre de su salario, que contiene cincuenta francos. Lo esparce sobre la mesa, por donde ruedan las monedas. Su madre lo felicita y le da una monedita agujereada de cinco céntimos. «Es para ti, no te lo gastes todo.»

En esta fábrica, Ivo tiene su primer contacto directo con los obreros. En este caso, obreras que tararean mientras trabajan una canción de Henri Garat:

*Amusez-vous, foutez-vous d'tout
La vie entre nous est si brève
Amusez-vous comme des fous
La vie est si courte après tout.*